

Históricas Digital

Laura Pérez Rosales

“Manuel Orozco y Berra”

p. 359-386

Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884.

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1996

590 p.

ISBN 968-36-4991-2 (Obra completa)

ISBN 968-36-4995-5 (Volumen IV)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_04/historiografia_mexicana.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



MANUEL OROZCO Y BERRA

Laura Pérez Rosales*

DATOS BIOGRÁFICOS

Manuel Orozco y Berra nació en la ciudad de México el 8 de junio de 1818. Su padre, Juan N. Orozco, fue capitán insurgente del regimiento de San Pedro en el ejército de Mariano Matamoros. Manuel inició sus estudios con Octaviano Chausal, uno de los primeros que estableció en México el sistema educativo lancasteriano.¹ En 1820 ingresó al Colegio de Minería, recibiendo en 1834 como ingeniero topógrafo. En ese año viajó con su familia a Puebla, en donde impartió lecciones de matemáticas, y posteriormente fue nombrado maestro mayor de las obras de la ciudad. Decidió estudiar la carrera de jurisprudencia en el seminario, trabajando como pasante en el estudio de José Rafael Isunza, título que recibió en 1847.²

En Puebla inició su carrera pública cuando fue nombrado secretario de Gobierno del estado: formó la estadística militar y fue nombrado asesor del Juzgado de Tlaxcala. También en Puebla hizo sus primeros ensayos literarios: formó parte de la redacción de los periódicos políticos *El Porvenir* y *La Libertad*, y, junto con su hermano Fernando, redactó *El Entreacto*; con Manuel María de Zamacona escribió *El Sainete* y posteriormente *Uno de tantos*. En 1848 se instaló en la ciudad de México y en septiembre de ese año fue nombrado miembro de la Comisión de Estadística Militar, comisión que en 1851 se transformaría en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.³

En momentos verdaderamente difíciles Orozco y Berra inició su contacto oficial con el mundo de la documentación histórica. A mediados de 1852 fue invitado por José Fernando Ramírez para trabajar en

* Universidad Iberoamericana.

¹ Francisco Sosa, *Noticias biográficas de don Manuel Orozco y Berra*, México, José Ma. Sandoval, 1879, 24 p. (Col. Luis González Obregón), p. 3

² René Avilés, "Notas bibliográficas sobre Orozco y Berra", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, núm. 123, 1976, p. 84.

³ *Ibidem*, p. 85

la sección de registros del Archivo General de la Nación y posteriormente fue nombrado director del mismo. En 1856 fue comisionado por la Sociedad de Geografía y Estadística para la elaboración de un diccionario geográfico, así como para la rectificación de la carta general de la república.

El incansable Orozco fue nombrado oficial mayor del Ministerio de Fomento, conservando la responsabilidad del Archivo Nacional. En 1857 fue comisionado, junto con José Fernando Ramírez, para recibir los libros de las comunidades religiosas suprimidas, por lo que ambos elaboraron el inventario de la biblioteca del convento de San Francisco. Entre 1859 y 1860 paleografió los libros de actas de cabildo de México correspondientes al periodo junio de 1529-agosto de 1543. En 1861 fue responsabilizado para escribir una *Memoria* sobre los idiomas del país y los lugares en que se hablaban.

Con motivo de la invasión francesa, en 1862, fue designado como uno de los ingenieros que debían prestar sus servicios en la construcción de las fortificaciones de la capital. En mayo de 1863 fue nombrado ministro de la Suprema Corte de Justicia, y con ese carácter firmó la protesta presentada por la misma contra la Intervención Francesa. Cuando el gobierno liberal abandonó la capital de la república, Orozco solicitó incorporarse a aquél, tratando previamente de garantizar la subsistencia de su familia que tendría que permanecer en la ciudad. Sin embargo, su solicitud fue rechazada. Volvió a insistir en ello cuando el gobierno nacional residía en San Luis Potosí, pero la solicitud le fue nuevamente negada.

En vista de su trayectoria y experiencia, los conservadores lo nombraron miembro de la Junta de Notables, lo cual rehusó. Sin embargo, debido a sus apuros económicos, se vio obligado a participar dentro del gobierno de Maximiliano: en 1864 fue miembro de la Comisión Científica de México para presentar un proyecto de división territorial, por lo que en 1865 se publicó el *Estatuto provisional del Imperio Mexicano*, cuyo mapa fue elaborado por Orozco y Berra.⁴ En 1866 fue llamado a la subsecretaría de Fomento y en noviembre del mismo año fue nombrado director del Museo Nacional. Impartió la cátedra de Historia de México en el Colegio de Minería y, después de haber renunciado a la subsecretaría de Fomento, fue nombrado consejero de Estado. Fue condecorado con la Cruz de Guadalupe y con el grado de Oficial de la Orden del Águila Mexicana. En ese mismo año, la Sociedad Filarmónica lo nombró profesor de “historia patria”.

⁴ Ángel Bassols, “Manuel Orozco y Berra y su mapa de división político-económico-administrativa (territorial) de México”, en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, núm. 123, 1976, p. 95-104; p. 100.

Una vez que en 1867 fue tomada la capital por el ejército juarista, Orozco y Berra fue detenido y sentenciado a cuatro años de prisión y cuatro mil pesos de multa. Sin embargo, la pena se redujo a un año y a una multa de dos mil pesos. No volvió a colaborar en la administración pública, lo cual facilitó su concentración en el trabajo de investigación histórica. En febrero de 1870 Orozco y Berra fue llamado de nueva cuenta a la Sociedad de Geografía y Estadística, de la cual fue electo presidente en 1876, cargo que ocupó hasta 1880.⁵

El reconocimiento a la enorme pista recorrida por Orozco se manifestó, entre otros, en las distinciones recibidas, nacionales y extranjeras: presidente de la Sociedad de Geografía y Estadística, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, individuo correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia de Madrid, miembro de la Sociedad Arqueológica de Santiago de Chile, de la Sociedad Geográfica de Roma, de la Sociedad Arqueológica de París, del Congreso Internacional de Americanistas, de la Sociedad de Historia Natural y de la Sociedad Minera Humboldt.

Don Manuel Orozco y Berra murió en la ciudad de México en enero de 1881. El 31 de diciembre de 1889 hubo una sesión extraordinaria de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, dedicada a su memoria, en la que José María Vigil —director de la Biblioteca Nacional— resaltó el espíritu conciliatorio que caracterizó la obra historiográfica de Orozco:

Pero Orozco y Berra vive en el siglo XIX, siente hondamente sus aspiraciones, alienta sus esperanzas, vive con la fe que anima ese movimiento, y a la vez que comparte su admiración entre el azteca y el castellano que se disputan con igual bizarría la codiciada presa, riega con las lágrimas del vencido los laureles del vencedor, y vuelve su mirada, húmeda de emoción y de ternura al pobre misionero, que abraza y protege bajo su tosco manto, a la prole infeliz, en cuya alma deposita las semillas de la libertad y del progreso.⁶

LA OBRA

La obsesión de saber y de comprender condujo a Orozco y Berra a faenas

⁵ René Avilés, “Notas bibliográficas...”, p. 87.

⁶ *Discurso que en la sesión extraordinaria celebrada el 31 de diciembre de 1889 con asistencia del sr. presidente de la república, por la Sociedad de Geografía y Estadística, en conmemoración del sr. don Manuel Orozco y Berra leyó don José María Vigil en nombre de dicha sociedad*, México, Secretaría de Fomento, 1890, 16 p., p. 11-12.

bibliográficas poco frecuentadas. Su afán por difundir los últimos adelantos de la cultura universal, el deseo de conocer científicamente las características geo-topográficas del país y su amor por el pasado mexicano, lo impulsaron a dedicar más de 30 años de su vida al estudio y a la investigación, particularmente la histórica y geográfica. En función del contenido de su enorme obra, ésta puede ser dividida en tres grandes grupos: cartográfico-geográficos, etno-lingüísticos y los de índole histórico-enciclopédica.

Los trabajos cartográfico-geográficos

La formación original de Orozco y Berra como ingeniero topógrafo le permitió participar activamente en diversas comisiones organizadas por el Ministerio de Fomento para la elaboración de estudios relativos al desagüe del Valle de México. En 1860, como parte de una comisión de estudio, Orozco y Berra publicó la *Memoria para la carta hidrográfica del Valle de México*, en la cual dejó constancia de sus conocimientos e inquietudes con respecto a las características y necesidades de un desagüe general para el Valle de México.⁷ En 1864 se nombró una Comisión del Valle, cuyo trabajo era la revisión de los proyectos de desagüe presentados en 1856, para adoptar nuevamente una estrategia contra las inundaciones. La misma Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de la cual Orozco y Berra formaba parte, participó activamente en los trabajos de investigación al respecto, lo cual fue publicado en una nueva *Memoria* por la propia sociedad.⁸ Poco tiempo después, con la ayuda de un grupo de ingenieros topógrafos, se dio a la tarea de levantar y publicar en 1867 el plano de la ciudad de México.⁹ Con base en los estudios anteriores, los trabajos para las obras de construcción del desagüe general fueron dirigidos finalmente por el ingeniero Miguel Iglesias, y se iniciaron en 1866, apoyándose en el plan de un proyecto elaborado por el propio Orozco y Berra en 1848.¹⁰

En el campo de la cartografía, la participación de don Manuel fue

⁷ "Memoria para la carta hidrográfica del Valle de México", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, época 1, v. 8, 1860, p. 437-609.

⁸ *Memoria para la carta hidrográfica del Valle de México formada por acuerdo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística por su socio honorario Manuel Orozco y Berra*, México, Impr. de A. Boix, 1864.

⁹ *Memoria para el Plano de la ciudad de México, formada por orden del Ministerio de Fomento por el ingeniero topógrafo Manuel Orozco y Berra*, México, Impr. de S. White, 1867, 231 p., tabs.

¹⁰ Orozco y Berra, *Apuntes para la historia...*, p. 407-417.

también de gran importancia. Poseía un gran conocimiento de la trayectoria histórica de los trabajos cartográficos, y por ello consideraba al gobierno de Guadalupe Victoria como el iniciador de una etapa central en la historia de la geografía mexicana, ya que estimuló la publicación de los primeros mapas de México. Igualmente estaba al tanto de los trabajos de apoyo proporcionados por el presidente Mariano Arista para terminar la primera *Carta general de la república*, concluida en 1850, una de cuyas copias fue elaborada por Antonio García Cubas cuando éste trabajaba en 1853 en el Ministerio de Fomento.

La mejor prueba del conocimiento y amor de Orozco y Berra por la geografía fue la coordinación del *Diccionario universal de historia y geografía*, cuyos siete volúmenes aparecieron entre 1853 y 1855, y el *Apéndice* a la misma obra, en tres volúmenes, publicados entre 1855 y 1856. A él se debe que por primera vez se sistematizara en un diccionario la información geográfico-cartográfica relacionada con México, lo cual equivalía a prácticamente la mitad de la obra. En este sentido, es indiscutible la originalidad y aportaciones de Orozco tanto en el *Diccionario* como en los *Apuntes para la historia de la geografía de México*.

Durante el gobierno de Maximiliano, Orozco y Berra fue el responsable de la elaboración de los estudios cartográfico-geográficos elaborados en el Ministerio de Fomento y por lo tanto tuvo contacto con sus colegas franceses. Sin embargo, al enterarse de que el informe de la junta directiva francesa, encargada en 1864 de elaborar trabajos de exploración geográfica, consideraba que en México no existían ni instrumentos ni manuales mínimos para el conocimiento geográfico, Orozco y Berra aclaró airado que:

...Esto es ignorar completamente cuanto en México se había hecho por la ciencia geográfica; no admitir ni aún el supuesto de que hubiera mexicanos que supieran usar los instrumentos delicados y aplicar los métodos de precisión; poner en olvido hasta lo ejecutado por Humboldt, quien ya había determinado directamente la posición geográfica de México medio siglo antes, sin recurrir para la longitud al complicado y poco exacto medio de los transportes cronométricos por los paquebotes. Bien comprendemos que nuestra nación no es tan civilizada como Francia, pero el orgullo nacional nos dice que no estamos atrasados hasta el punto que se nos muestre tanto desdén: hombres tenemos en casi todos los ramos que no harían una figura despreciable junto a los hombres instruidos de las demás naciones.¹¹

¹¹ *Apuntes para la...*, p. 431-432. Como muestra del grupo de científicos que sabían y mostraban sus capacidades para el estudio geográfico, se publicaron entonces dos trabajos: las *Posiciones geográficas de varios puntos del Imperio Mexicano, colectadas por los ingenieros D. Manuel Orozco y Berra, D. Francisco Martínez de Chavero y D. Francisco*

Efectivamente, el mapa elaborado por Orozco para la publicación en abril de 1865 del *Estatuto provisional del Imperio Mexicano* mostraba el gran conocimiento que tenía del país. Alrededor de 25 de los 50 departamentos en que dividía al imperio corresponderían en general a lo que tiempo después fueron consideradas “regiones económicas”, como por ejemplo Tabasco, Tehuantepec, Tuxpan, Valle de México, Aguascalientes, Matehuala o Tampico.¹²

Si bien los años cincuenta y sesenta del siglo pasado fueron los más ricos en cuanto a la producción cartográfico-geográfica de Orozco y Berra, en 1871 publicó sus “Materiales para una cartografía mexicana”,¹³ y en 1881 sus *Apuntes para la historia de la geografía en México*, en los que dio cuenta de la vieja polémica sobre la estrategia y dirección de los proyectos presentados para impedir las inundaciones que solían amenazar a la capital desde el siglo XVI. Le exasperaba constatar que en México, por lo general, se trataba de poner algún remedio tan sólo cuando

...se exacerba el mal y ve próxima una catástrofe, es cuando se piensa y discute, se mueve y obra, durando su actividad el tiempo que su inquietud dura: conjurado el mal por la ciencia o por la naturaleza, se da todo por terminado, renacen la calma y la confianza, no volviendo a ocuparse en aquello a que se daba tamaña importancia.¹⁴

Ello lo llevó a hablar de los proyectos para el desagüe general del Valle de México, presentados en 1847, que finalmente cayeron en el olvido, de la creación de una junta especial que convocó, en febrero de 1856, a un concurso para proponer proyectos de desagüe general, pero que tampoco resultó en algo concreto.

Jiménez, incluido en la *Memoria presentada a S.M. el Emperador, por el Ministro de Fomento Luis Robles Pezuela, de los trabajos ejecutados en su ramo el año de 1865*, y la *Memoria para el plano de la ciudad de México, formada de orden del Ministerio de Fomento por el ingeniero topógrafo Manuel Orozco y Berra*, México, Imp. de S. White, 1867, VIII, 231 p., tabs.

¹² Ángel Bassols Batalla, “Manuel Orozco y Berra y su mapa de división político-económico-administrativo de México”, en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, núm. 123, 1976, p. 100.

¹³ “Materiales para una cartografía mexicana”, en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, época 2, v. 3, 1871, p. I-X.

¹⁴ *Apuntes para la historia de la geografía en México*, México, Impr. de Francisco Díaz de León, 1881, 500 p.; ed. facsimilar de 1973, Edmundo Aviña editor, p. 407.

Los trabajos etno-lingüísticos

Dentro de estos trabajos destacan sus “Materiales para formar la carta etnográfica de la República Mexicana”, elaborada a solicitud del ministro Manuel Siliceo y publicada en 1857 en la *Memoria* del Ministerio de Fomento. Según sus propias palabras “...es un ensayo de la geografía de las lenguas en la república”, apoyado en los pocos documentos que entonces poseía el autor y que abarcaba tan sólo algunos estados del sur de la república.¹⁵

Debemos mencionar que, al igual que en el caso de la geografía, la mayoría de los artículos etno-lingüísticos que aparecían en el *Diccionario universal de historia y geografía* fue elaborada por el mismo Orozco. Siete años más tarde, en 1864, los “Materiales para formar la carta etnográfica” aparecieron publicados bajo el título de *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México, precedidas de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y de apuntes para las inmigraciones de las tribus*. El trabajo contaba con un mayor apoyo documental y se servía de la carta geográfica, publicada por García Cubas, “...a la cual —decía— se suprimieron todos los lugares inútiles, poniendo los principales que el texto requería”.¹⁶ Ambos trabajos son fundamentales, ya que dan prueba del conocimiento que Orozco adquirió desde esos años sobre la ubicación y características de los diferentes grupos indígenas del país y, por lo tanto, del mosaico cultural mexicano.

Los trabajos históricos

Las labores de compilación e investigación históricas efectuadas por Orozco y Berra fueron enormes. Su especial interés por la documentación histórica quedó demostrado, por ejemplo, durante la época de la Ley Lerdo, que preveía la desamortización de los bienes del clero, cuando participó en junio de 1856, junto con José Fernando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta, en el rescate de valiosas colecciones documentales pertenecientes a los conventos de Santo Domingo y San Francisco, entre otros.¹⁷

¹⁵ *Memoria de la Secretaría de Estado y del Desarrollo de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República Mexicana, escrita por el ministro del ramo, C. Manuel Siliceo, para dar cuenta con ella al Soberano Congreso Constitucional, México, 1857.*

¹⁶ Orozco y Berra, *Apuntes...*, op. cit., p. 426.

¹⁷ *Códice Ramírez. Manuscrito del siglo XVI intitulado: Relación del origen de los indios que habitaban esta Nueva España, según sus historias*. Examen de la obra, con un anexo

Al constatar que buena parte de su vida la consagró a la búsqueda y colección de documentos históricos, no resulta difícil imaginar su reacción cuando fue testigo de la utilización de material histórico como papel que igual envolvía mercancía o cohetes, o bien, cuando se enteró de que, durante la invasión norteamericana de 1847, volúmenes del Archivo Nacional habían servido de protección en las ventanas de Palacio Nacional.¹⁸

En función de las circunstancias en que escribió, de su método de organización, sus objetivos y su madurez intelectual, la obra histórica de Orozco y Berra es susceptible de ser dividida en dos etapas. La primera se ubica en los años 50 y 60 del siglo pasado, época durante la cual trabajó tanto en el Archivo General como en el Ministerio de Fomento. La segunda se inscribe durante los inicios del Porfiriato, cuando el autor contaba con poco más de sesenta años, con experiencia política, y tenía ya una larga trayectoria en el campo de la investigación histórica.

La primera etapa de producción intelectual se inscribe en una época caracterizada por la guerra civil, el caos político, crisis económica y de amenazas extranjeras, pero sobre todo por el enfrentamiento y ensayo de diferentes proyectos de nación. Es por ello que el trabajo intelectual de Orozco así como la publicación de sus resultados aparecen como una labor excepcional que contrasta con las urgencias políticas del momento.

A esta primera etapa corresponden la coordinación del *Diccionario universal de historia y geografía*, publicado entre 1853 y 1855, y el *Apéndice* al mismo *Diccionario universal*, dividido en 3 volúmenes, publicados entre 1855 y 1856. Como obras propiamente históricas se encuentran la *Conjuración del marqués del Valle. Años 1565-1568. Formada en vista de nuevos documentos originales, y seguida de un extracto de los mismos documentos*, aparecida en 1853, y *Los conquistadores de México*, publicada en 1869.

La segunda etapa de su producción historiográfica se inicia en el Porfiriato y consta de tres obras: un estudio que precede la publicación de la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc y del *Código Ramírez*, aparecidos en una edición conjunta en 1878, la *Historia antigua y de la Conquista de México*, publicada en 1880, y, finalmente en 1906, su obra póstuma, la *Historia de la dominación española en México*.

de cronología mexicana por el lic. Manuel Orozco y Berra, México, Leyenda, 1944, 294 p., ils., p. 10.

¹⁸ José María Lafragua y Manuel Orozco y Berra, *La ciudad de México*, prólogo de Ernesto de la Torre Villar, México, Porrúa, (Col. Sepan Cuantos, 520, p. LIJ).

Su participación en el *Diccionario universal de historia y geografía* demostró la fascinación que el saber enciclopédico ejerció sobre Orozco y Berra. Originalmente editada en España, esta obra fue publicada en México en siete volúmenes, los tres primeros en 1853, el cuarto y el quinto en 1854 y el sexto y séptimo en 1855. A Orozco y Berra se atribuye la escritura de los prólogos a cada uno de los volúmenes, en los cuales aclara desde un principio que se trata de una obra “de compilación y no de creación”. Reconocía que no era la primera obra en su género, ya que para el caso de México se contaba con los trabajos de Beristáin y Souza, así como con el *Diccionario* de Alcedo. Fue así como, a más de la información cultural, estadística y geográfica sobre las diversas culturas, principalmente europeas, la edición mexicana del *Diccionario universal* se caracterizó principalmente por la incorporación de una gran cantidad de trabajos relacionados con temas mexicanos cuyos colaboradores nacionales fueron de primera línea: Lucas Alamán, José María Andrade, José María Basoco, Joaquín García Icazbalceta, Javier Miranda y José Fernando Ramírez, entre otros.

En el prólogo del primer volumen, aparece sutil pero claramente una idea que a partir de esta época vertebrará el sentido y estructura de los trabajos históricos de Orozco y Berra: el progreso de las sociedades. “Los progresos de la humanidad —decía— son lentos y difíciles”, y el fin principal de toda nación es incorporarse a ese progreso, para lo cual cada nación debía —antes que nada— conocerse de una manera exacta.

Los redactores del *Diccionario* deseaban elaborar una obra similar dedicada exclusivamente al tema mexicano. De ahí que desde la aparición del primer volumen Orozco anunciara que, a la larga, el conjunto de la obra pretendía “...levantar un monumento glorioso para el país en que vimos la luz... (y) acopiar los materiales que han de servir para nuestra historia...”¹⁹ Sugería un método de investigación, basado en la objetividad, como el único para conocer la realidad: para contar, decía, con una descripción de “nuestros elementos de riqueza”, el estudioso debía colocarse “lejos de pasiones y de la agitación que producen la

¹⁹ *Diccionario universal de historia y de geografía, obra dada a luz en España por la Sociedad de Literatos distinguidos y refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México con noticias históricas, geográficas, estadísticas y biográficas sobre las Américas en general y especialmente sobre la República Mexicana, por Lucas Alamán, José Ma. Andrade, José Ma. Basoco, Joaquín Castillo Lanzas, Manuel Díez de Bonilla, Joaquín García Icazbalceta, Francisco Javier Miranda, Manuel Orozco y Berra, Emilio Pardo, J. Fernando Ramírez, Ignacio Rayón, Joaquín Velázquez León y otros, 7 v., recogidos y coordinados por Manuel Orozco y Berra, México, Tip. de Rafael, 1853-1855, Prólogo al tomo I, p. III.*

lucha momentánea y el espíritu de partido”. De cualquier forma, Orozco consideraba que la información proporcionada en la edición mexicana del *Diccionario* permitiría que:

Cuando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia, cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes o gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar, una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlos en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar, merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo.²⁰

Dos años después de iniciada la publicación del *Diccionario*, Orozco cumplió con lo que había prometido: en 1855 apareció el primero de los tres tomos que formaban los *Apéndices al diccionario universal de historia y de geografía. Colección de artículos relativos a la República Mexicana*, y en 1856 aparecieron el segundo y el tercer tomos. En esta ocasión no se proporcionaba información sobre las culturas europeas ni orientales ni sobre “las Américas en general”, sino exclusivamente sobre México. Los colaboradores eran 19 hombres reconocidos por sus conocimientos sobre la historia y cultura mexicana: José María Andrade, Manuel Berganzo, Bernardo Couto, Mariano Dávila, Joaquín García Icazbalceta, José María Lacunza, José Ma. Lafragua, Miguel Lerdo de Tejada, José S. Noriega, Eulalio Ortega, Emilio Pardo, Manuel Payno, José Joaquín Pesado, Francisco Pimentel, Guillermo Prieto, José Fernando Ramírez, Ignacio Rayón, Francisco Zarco, todos coordinados por Manuel Orozco y Berra.²¹ Muchos de ellos eran liberales, relativamente jóvenes, y en mayor o menor medida participaban en actividades políticas.

A diferencia de los siete primeros volúmenes del *Diccionario*, los preámbulos de los tres apéndices aparecieron firmados por Orozco y Berra, quien no perdió ocasión para aclarar en cada uno de ellos que las dimensiones y naturaleza de la obra le causaron “...fatigas, disgustos, desvelos y amarguras”. A pesar de ello, la obra salió a la circulación con el pie de imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante. En los tres volúmenes del *Apéndice* se proporcionan datos específicos sobre personajes y acontecimientos históricos, pueblos, ciudades, grupos indígenas, actividades económicas, principalmente industria y minería, e información

²⁰ *Ibidem.*, p. IV.

²¹ *Apéndice al Diccionario universal de historia y geografía*, 3 v., México, Impr. de Andrade, 1855-1856.

geográfica. Parte de la información fue obtenida, según anota el mismo Orozco, de las *Memorias* elaboradas por los gobernadores o en datos proporcionados por el Ministerio de Fomento.

La tarea de coordinar un grupo de hombres que participaban en la lucha política, ya fuera con la espada, la pluma o desde la curul, provocaba retrasos o incluso cancelaciones. Uno de los casos fue el de José Fernando Ramírez, a quien se le había encomendado la elaboración de un artículo sobre la historia de la ciudad de México, el cual no pudo entregar debido a vicisitudes políticas, por lo que se solicitó a José Ma. Lafragua que subsanara tal faltante. En plena lucha contra el último gobierno de Santa Anna, Lafragua entregó un breve escrito que abarcaba tan sólo la historia antigua de la capital. Lo anterior obligó al mismo Orozco y Berra a tomar la pluma y elaborar un estudio que resultó excelente sobre la ciudad de México. Abarcó información geográfica, histórica, demográfica, religiosa, e incluía cuadros estadísticos sobre ingresos al Ayuntamiento de la ciudad de México, producción agrícola, pecuaria, epidemias, escuelas, etcétera.²² Estos artículos, publicados en 1856, no volvieron a aparecer sino hasta 1987 con un prólogo de Ernesto de la Torre en la editorial Porrúa. Junto con el artículo sobre la capital mexicana, Orozco y Berra elaboró para el *Diccionario* todas las entradas correspondientes a la geografía del país, una lista de los conquistadores, el itinerario de Cortés hacia Tenochtitlan, la historia de la moneda en México y algunas biografías entre las que destacan las de Hidalgo y Morelos.

Aunado a esta labor de acumulación de datos, en la obra campea un sentimiento de orgullo nacional, el cual le hace concluir que la gran ventaja del *Apéndice* consistía en "...contener únicamente noticias de nuestra República, habiendo desechado lo mucho de cosas extranjeras que se podría haber traducido o tomado de innumerables fuentes..." Así, en vista de que el *Apéndice* era una obra infinita, Orozco terminaba invitando "...formalmente a las personas amantes de nuestro país, para que escriban y remitan a la redacción sus producciones: si en cada lugar importante uno solo de sus moradores se molestara por un corto tiempo, tendríamos bien pronto una compilación de provecho incalculable para los mexicanos".²³

²² José Ma. Lafragua y Manuel Orozco y Berra, *La ciudad de México*, prólogo de Ernesto de la Torre Villar, México, Porrúa, 1987, p.19-356 (Col. Sepan Cuantos 520).

²³ Su inclinación a colaborar en grandes obras enciclopédicas no se quedó en esta sola experiencia. Veinte años más tarde, José Ma. Pérez Hernández lo llamó a colaborar, junto con Alfredo Chavero, en el *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, biográfico, de industria y de comercio de la República Mexicana*, México, Impr. de Cinco de Mayo, 1874. Esta obra finalmente quedó inconclusa, ya que se suspendió en la letra C.

La segunda obra correspondiente también a esta primera etapa de producción histórica fue la *Conjuración del marqués del Valle. Años 1565-1568*, que no ha vuelto a ser reeditada.²⁴ José Ma. Andrade, amigo cercano de Orozco, fue quien le mostró y prestó los autos originales para su investigación²⁵ y, gracias a las intensivas lecciones de paleografía que entonces recibió, logró leer dichos autos. Se trata de un texto en el que sobresale el conocimiento que don Manuel tenía de la obra historiográfica conocida hasta entonces. Particularmente muestra el gran manejo que tenía de las obras de Juan de Torquemada, Andrés Cavo, José Ma. Luis Mora y de Lucas Alamán. A estas obras se sumó la documentación recopilada por José Ma. Andrade, Joaquín García Icazbalceta y el mismo Lucas Alamán.

El estudio y análisis sobre una supuesta conjuración del hijo de Hernán Cortés en el siglo XVI da pie a don Manuel para elaborar juicios sobre el papel de los conquistadores, del poder español en la Nueva España y sobre la utilidad del conocimiento histórico. En el caso de la conjuración, Orozco reconstruye los hechos con base en documentación original a fin de explicar el enfrentamiento entre los conquistadores y sus hijos, por una parte, y la corona española, por otra, y mostrar la relación de poder que existía entre estos dos grupos que inevitablemente los llevó al enfrentamiento causado por la defensa de sus respectivos intereses económicos. Los pretextos fueron las limitaciones impuestas por la corona para heredar las encomiendas, así como el monto de los tributos que se les exigían a los conquistadores, tanto por sus posesiones como por el número de trabajadores. En el escenario de estos acontecimientos, el tercer personaje, el indio, estaba vencido. La lucha se daba entonces entre los dos grupos dominantes, es decir, los españoles radicados en América y el poder real.

Para demostrar su idea del enfrentamiento social, Orozco pasa a describir el tejido social de la época, notoriamente diferenciado, tanto por causas étnicas como por razones económicas:

Como nuevos elementos en la colonia —decía— se encontraban los descendientes de los europeos, que siendo de raza pura se llamaban criollos; los hijos de las diferentes uniones entre los blancos, los negros y los indios, conocidos con el nombre de castas; los españoles avecindados, y los recién venidos, a quienes decían gachupines.²⁶

²⁴ *Conjuración del marqués del Valle. Años 1565-1568. Formada en vista de nuevos documentos originales, y seguida de un extracto de los mismos documentos*, México, Universal, 1853, 120 p.

²⁵ *Conjuración...*, op. cit., introd., p. 4.

²⁶ *Ibidem*, p. 18.

Después de las diferencias étnicas, existían las diferencias económicas, y así “La figura prominente de aquella época, era la del encomendero... ellos componían la fuerza armada de entonces, representaban la nobleza, y obtenían por sus riquezas el lugar más alto en aquella sociedad”.²⁷ Sin embargo, en esta lucha de fuerzas, “España era poderosa, la colonia muy débil, y en la lucha que se entabló, ésta por precisión, había de sucumbir”.²⁸ Efectivamente, al marqués del Valle, sospechoso de hallarse en el centro de la rebeldía contra las órdenes reales, se le siguió causa en el Consejo de Indias, y al cabo de muchos años se le absolvió. A pesar de ello, el hecho no se perdió en la historia sino que se incorporó a la fuerza de los acontecimientos posteriores que “...a manera de una semilla depositada en la raza criolla, vino con el tiempo a dar el fruto de la guerra de 1810 y la independencia de México”.²⁹

Con base en este caso, Orozco y Berra explica la historia como la inevitable búsqueda del poder en diferentes momentos. La utilidad de la historia radica en que sirve de tribunal para enjuiciar la capacidad que los hombres tienen para reconocer cuál es su papel en el inevitable y permanente juego de dominantes y dominados, de vencedores y vencidos. Con base en ello, Orozco da su juicio sobre Martín Cortés, marqués ensoberbecido por el poder y por sus posesiones, quien desde la perspectiva de Orozco trató de imponerse a destiempo a fuerzas que en la época eran más poderosas que él:

Tímido, casi cobarde —concluye— anduvo vacilante entre su deber y su medra; sin ser cumplido caballero, ni cabal conspirador, contribuyó a que el secreto (de la conjuración) fuera conocido, y no se juntó cual era ya su obligación con sus parciales; dimanó de ahí que los planes fueran descubiertos, que la audiencia se informara y previniera, que se perdieran él y los conjurados.³⁰

El tercer trabajo histórico fue *Los conquistadores de México*, publicado en 1869. Apareció reeditado como apéndice a la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún en su edición de 1938, y desde entonces no ha sido reeditado.³¹ Este estudio resulta interesante para confirmar la creencia de Orozco y Berra en el progreso humano y para reconocer su concepto de “nacionalidad mexi-

²⁷ *Ibidem*, p. 22.

²⁸ *Ibidem*, p. 71.

²⁹ *Ibidem*, p. ix.

³⁰ *Ibidem*, p. 70.

³¹ *Los conquistadores de México*, en *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 5 v., México, Pedro Robredo, 1938.

cana”. Para ello, Orozco elige el fenómeno de la conquista encabezada por Hernán Cortés, a la cual en principio caracteriza como una empresa producto de creencias religiosas —el interés por la divulgación del cristianismo— y de un afán de aventura y de riquezas en el nuevo mundo. Esta guerra de conquista, a la que Orozco compara con la relatada en la *Ilíada*, enfrentó a dos pueblos y sus dirigentes, igualmente admirables:

Los guerreros desnudos, con armas flacas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos de cañones y de mosquetes; y derrotados siempre, volvían a la pelea sin que les flaquease el ánimo, convencidos de que les aguardaba la muerte, preferida a perder la libertad.³²

La defensa de Tenochtitlan es un hecho que particularmente cautivaba a Orozco. Después de rendir homenaje a Cuauhtémoc, pasa a revisar la figura de Cortés, para lo cual es indispensable, afirma, ser imparcial, es decir, reconocer su trayectoria personal, valorando sus cualidades y defectos, componentes de todo ser humano:

Sáquesele a plaza su ingratitud con Diego Velázquez —dice—, su trato doble y falaz con las tribus, la perfidia cometida con Moctecuzoma, póngase a su cuenta la matanza inútil de Cholula, el asesinato del monarca azteca, su sed insaciable de oro y de plata... pero entonces hágasele descargo de que fue político sagaz y capitán valiente y entendido; que dio cima a uno de los hechos mas asombrosos de los tiempos modernos...³³

En el fondo, más que preocuparse por la biografía, ya sea del monarca azteca o del jefe de los conquistadores españoles, a Orozco le cautivó el hecho de la conquista en sí, por inevitable dentro del lento pero permanente progreso humano y, naturalmente, por sus consecuencias, siendo la más importante el surgimiento de la nacionalidad mexicana. Así, para Orozco, la ley que marca la tendencia del hombre hacia la perfección, tanto en el aspecto material como religioso, es decir hacia “la civilización”, se cumplió en 1521 cuando:

desapareció la nacionalidad azteca, pero nació la nacionalidad mexicana, del consorcio de aquélla y de la nacionalidad española. Si borró del mundo una civilización, la sustituyó con otra más adelantada y perfecta. Sólo elogios puede merecer (Cortés) por haber contribuido a derrocar una

³² *Ibidem*, v. v, p. 344.

³³ *Ibidem*, p. 346.

religión tenebrosa y sangrienta, para poner en su lugar las santas doctrinas del Evangelio.³⁴

Así, concluye que la conquista fue un hecho formado de contradicciones, pero al fin y al cabo "...el acontecimiento más grande de nuestra historia; honra a los sitiados y a los sitiadores".³⁵

La segunda etapa de la producción histórica de Orozco y Berra está dominada por el estudio de temas que dan prioridad a la época prehispánica. En 1878 apareció la edición de la *Crónica mexicana*, de Hernando Alvarado Tezozómoc, para la cual elaboró un estudio sobre la cronología mexicana.³⁶ Una segunda edición apareció en 1944 en la editorial Leyenda y la tercera en 1975 en la editorial Porrúa. La primera edición de la *Crónica mexicana* estaba precedida por el *Códice Ramírez*, manuscrito del siglo XVI relativo al origen de grupos prehispánicos, descubierto por José Fernando Ramírez en el convento de San Francisco en septiembre de 1856, lo cual fue reseñado por el propio Ramírez en una *Advertencia* aparecida en esa primera edición de la *Crónica*. Por su parte, Orozco informaba en la *Presentación* incluida en esta misma edición que, a la muerte de Ramírez, el documento pasó a manos de Alfredo Chavero, quien a su vez lo regaló a Orozco y Berra en mayo de 1875. Ambos fueron los autores del nombre de "*Códice Ramírez*".³⁷

En cuanto al estudio sobre la cronología mexicana, Orozco y Berra muestra el gran conocimiento que poseía de las obras de Alvarado Tezozómoc sobre los orígenes de los antiguos mexicanos. En este sentido es de resaltar el manejo que tenía de los trabajos de Francisco Xavier Clavijero, Mariano Veytia, Carlos de Sigüenza y Góngora, Lorenzo Boturini, Mariano de Beristáin, Tadeo Ortiz y Carlos María de Bustamante. Don Manuel se cautivó por la *Crónica mexicana* de Tezozómoc, la cual —según él— se había basado en el *Códice Ramírez*.

A pesar de su firme creencia en el método científico como instrumento para la comprobación de los datos históricos, Orozco concluyó que Tezozómoc se sirvió de la leyenda para explicar los orígenes remotos de los antiguos mexicanos, recurso, según él, que combinaba a la perfección tanto la tradición oral como la fantasía del autor, muy similar

³⁴ *Ibidem*, p. 346.

³⁵ *Ibidem*, p. 343.

³⁶ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana, escrita por Hernando de Alvarado Tezozómoc hacia el año de MDXCVIII*. Anotada por el sr. lic. Manuel Orozco y Berra, y precedida del *Códice Ramírez*, manuscrito del siglo XVI intitulado: Relación del origen de los Indios, que habitan esta Nueva España según sus historias. Y de un examen de ambas obras, al cual va anexo un estudio de cronología mexicana por el mismo sr. Orozco y Berra. José Ma. Vigil editor, Méxicó, Imp. y Litogr. de Ireneo Paz, 1878, 712 p.

³⁷ *Ibidem*, p. 1-v.

al caso de la *Iliada*. De hecho, Orozco afirmaba que era indispensable el estudio de los mitos y leyendas para la reconstrucción y estudio de cualquier cultura en el pasado. Prueba de ello, decía, era la importancia de conocer, por ejemplo, la leyenda de Quetzalcóatl para que lográramos entender el impacto de la confrontación entre la cultura azteca y la española.

LA HISTORIA ANTIGUA Y DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

Esta obra fue en realidad la de mayor importancia historiográfica y la mejor prueba de que Orozco y Berra representó al historiador laborioso, fecundo y de una gran erudición. Significa igualmente la síntesis de su pensamiento histórico, ya que recoge los conocimientos obtenidos a través de sus trabajos anteriores, para dar a conocer así su concepto de la cultura y el pasado mexicanos.

La publicación

Una vez que el gobierno liberal juarista dominó la escena política, Orozco no volvió a participar en cargos oficiales y en cambio dedicó su vida al estudio y la investigación históricas. A partir de 1867, Orozco y Berra recibió ayuda de José Antonio y Bernardo Mendizábal y de Sebastián Camacho, amigos suyos, quienes le ofrecieron trabajo en la Casa de Moneda, "...del cual —dice— saco el sustento de mi crecida familia".³⁸ Ese trabajo seguramente fue más bien simbólico, ya que en realidad, nos dice, "...me dejaron días libres a la semana para consagrarme a mis estudios favoritos, realizando de esta manera la solución del problema que tanto me ha preocupado durante la vida, tener en un punto pan y tiempo". Después de trece años de trabajo, dio fin a la escritura de su *Historia antigua y de la Conquista de México*, pero su impresión enfrentó problemas. Valiéndose de su prestigio y de su pluma periodística, los amigos, nuevamente, salieron al rescate. Francisco Sosa desde *El Siglo Diez y Nueve*, José María Vigil desde *El Monitor Republicano* y Santiago Ramírez en *El Minero* solicitaron apoyo gubernamental. Fue así como, finalmente, la obra se publicó en 1880, gracias a un subsidio del gobierno de Porfirio Díaz y al apoyo recibido de Ignacio Mariscal, secretario de Justicia e Instrucción Pública. Para su desventura, Orozco

³⁸ *Historia antigua y de la Conquista de México*, 5 v., México, Porrúa, 1960; Prólogo, p. XLVIII.

alcanzó a ver tan sólo la edición de los tres primeros volúmenes. La segunda y tercera ediciones aparecieron bajo el pie de imprenta de Porrúa en 1960 y en 1978, respectivamente, en las que se incluyeron un estudio sobre la obra de Orozco, elaborado por el padre Ángel María Garibay, y una biografía por Miguel León-Portilla.

La estructura

La obra está formada por cuatro volúmenes, fruto de trece años de recopilación y estudio documental, para lo cual contó con la ayuda de sus hijos: “Juan —dice— fue mi dibujante topógrafo, Fernando, el dibujante de figuras y José me prestó su trabajo en la copia de documentos”.³⁹ El trabajo está estructurado en cuatro grandes apartados temáticos: la civilización, el hombre prehistórico en México, la historia prehispánica, y la Conquista de México. A su vez, cada apartado está dividido en libros y éstos en capítulos. El estilo es claro, muy descriptivo y lleno de largas citas de los diferentes autores consultados.

En el primer volumen estudia la visión del mundo y la mitología entre diversos grupos prehispánicos. Es notorio el interés de Orozco por rescatar el gran conocimiento que las culturas mesoamericanas tuvieron sobre la astronomía, concretamente sobre el movimiento de la luna, los eclipses solares y el ritmo de los planetas, lo cual los condujo a la medida exacta del tiempo, que fue la base para la elaboración del calendario. Al servirse del sistema comparativo, Orozco da estupendas pruebas de su gran erudición sobre la historia de diversas culturas. Un caso concreto es su interés por comparar las cruces de origen ariano, búdico, egipcio y cristiano. Se pregunta sobre la influencia de la cultura budista en Palenque así como sobre la llegada de islandeses a América antes que los europeos, y afirma que, así como en los casos de las culturas egipcia y griega, en la azteca los sacerdotes también eran quienes monopolizaban el conocimiento científico y religioso de la astronomía.⁴⁰

Algo que sobresale en esta primera parte es el estudio que hace —con base en el *Códice Mendoza*— sobre la cultura, educación, organización social, escritura, numeración y geografía de los antiguos mexicanos.⁴¹ Para ello, Orozco analiza la escritura jeroglífica y la numeración, sus orígenes y sus reglas gramaticales. De hecho, considera que cuando los conquistadores entraron en contacto con Mesoamérica:

³⁹ *Ibidem*, t. I, p. XLIX.

⁴⁰ *Ibidem*, t. I, p. 85.

⁴¹ *Ibidem*, t. I, p. 189-196.

...y extinguió la civilización nahoa (*sic*), la escritura estaba en su último periodo de elaboración; comenzando por la representación de los objetos, había tenido tiempo para la expresión de las ideas, y se ocupaba entonces en perfeccionarse queriendo encontrar los caracteres fonéticos. La escritura mexicana fue sorprendida en este trabajo, el que no le fue posible terminar.⁴²

En cuanto a la numeración, los datos que nos proporciona no son menos: nos informa sobre la formación de los números, las operaciones aritméticas, medidas, la numeración maya, de los tarascos, mixtecos, zapotecos, matlazincas, otomíes, mazahuas y mixes, comparándolos a todos entre sí.⁴³ Algo igualmente sobresaliente es la descripción que Orozco hace de la civilización prehispánica, destacando la información sobre los pueblos tlaxcalteca, otomí, totonaca y matlazinca, entre otros.⁴⁴

La segunda parte de la obra —el hombre prehistórico en México— es la más breve de todas; tan sólo cuenta con siete capítulos. Don Manuel consideraba prehistóricas a “las emigraciones de la gran familia nahua, toltecas, colhuas, tepanecas y mexicanos”, en su paso por Sonora, Sinaloa y Jalisco hasta Guerrero.⁴⁵ A nuestro parecer, lo más sobresaliente de esta parte de la obra es el convencimiento de Orozco sobre el origen asiático del hombre americano, la comunicación entre el “mundo antiguo” y el “mundo nuevo”, aun antes de la llegada de los españoles, y la unidad de raza entre la mayoría de los aborígenes del nuevo mundo. Con base en lo anterior, llegó a la conclusión de que el hombre era tan antiguo en América como en Europa.⁴⁶

La tercera parte de su obra —la historia antigua— privilegió el estudio integral de los mayas, de la cultura de “Michhuacan”, los mexicas, los toltecas y, lo más importante, la historia política —desde su fundación— del imperio azteca. En virtud de esto, Orozco emprende la labor de reconstruir la historia de la peregrinación desde Aztlán, la fundación de Tenochtitlan, y el inicio del imperio azteca. Esta parte de la obra describe los diferentes gobiernos aztecas, desde el primer rey Acamapictli hasta Motecuhzoma Xocoyotzin, los disturbios internos del imperio azteca y el estado político del Anáhuac en vísperas de la conquista.

El cuarto volumen, compuesto de treinta y dos capítulos distribui-

⁴² *Ibidem*, t. I, p. 350-351.

⁴³ *Ibidem*, t. I, p. 443-461.

⁴⁴ *Ibidem*, t. II, p. 145-196.

⁴⁵ *Ibidem*, t. II, p. 292.

⁴⁶ *Ibidem*, t. II, p. 247.

dos en tres partes, lo dedicó al espinoso tema de la Conquista de México. A diferencia de los tres primeros, Orozco decide en el cuarto tomo ubicar cronológicamente los hechos relativos a la Conquista de México, mencionando al principio de cada capítulo la fecha según el calendario azteca y según el calendario gregoriano. Para él, ambos registros son válidos y reales y por ello les concede igual legitimidad. Orozco parte del año de 1518, XIII tochtli, cuando Motecuhzoma recibe la noticia de la llegada de los hombres blancos a Yucatán. Posteriormente, se detiene en narraciones muy descriptivas sobre las expediciones de Pánfilo de Narváez, Francisco Hernández de Córdoba, Juan de Grijalva, Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, así como de la conquista de Yucatán y de Cozumel. Sin embargo, la expedición de Hernán Cortés hacia Tenochtitlan es la que predomina en su narración. En efecto, prácticamente dedica todo el cuarto tomo a la narración y estudio de la conquista de la capital azteca. Con base en la información proporcionada por Cortés y por Bernal Díaz del Castillo, Orozco da cuenta de las primeras noticias y reacciones de Moctezuma cuando éste se enteró de la llegada de extranjeros, lo cual coincidía con las predicciones sobre la llegada de los hombres blancos y barbados. Se detiene a describir toda la serie de embajadas que mutuamente se enviaban españoles y aztecas, resaltando el afán de riquezas de los primeros y temores de los segundos. Se fascina con la descripción de la vida cotidiana de la capital azteca, describiendo templos, edificios, casas, los mercados y los barrios indígenas, reconociendo la belleza, magnífica traza y organización social. Igualmente nos presenta a un Hernán Cortés hábil, quien sabe aprovecharse de las relaciones conflictivas entre el imperio azteca dominante y sus pueblos sojuzgados.

La última parte del volumen la dedicó al enfrentamiento entre las dos culturas, dirigidas por dos hombres que merecían por igual el recuerdo en la memoria histórica: Cuauhtémoc y Cortés. Esta gran epopeya se inició en 1520, es decir, en el año II tecpatl. Reconstruye las alianzas matrimoniales de la nobleza azteca para explicar el ascenso de Cuauhtémoc al trono, al cual llegó en momentos difíciles debido a conflictos internos del grupo gobernante y al arribo de los conquistadores.⁴⁷

La narración del sitio de Tenochtitlan está revestida de un tono de grandiosidad y dramatismo: Orozco narra con detalle la salida de las fuerzas españolas dirigidas por Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Hernán Cortés, y la defensa presentada por los aztecas, quienes dieron muestras, según él, de actos heroicos:

⁴⁷ *Ibidem*, t. IV, p. 426.

Para proveerse de víveres, durante la oscuridad salían las canoas de la ciudad o venían las de los pueblos todavía amigos en las lagunas, logrando en el mayor silencio meter agua y abundantes mantenimientos. Los víveres para sitiados y sitiadores consistían principalmente en el pan de maíz o tortillas, en las yerbas comestibles conocidas bajo el nombre genérico de quelites, en capulines, frutillas llamadas cerezas por los castellanos y en las tunas, muy abundantes en aquella estación; bastaban estos artículos a la sobriedad india, si bien eran insuficientes para los blancos.⁴⁸

Don Manuel resalta, por una parte, la obsesión de Cortés por dominar —ya sea negociadamente o por las armas— al imperio azteca, y, por otra parte, la actitud digna de Cuauhtémoc hasta el último momento. El resultado del enfrentamiento fue trágico, pero a la vez le concede tintes de grandiosidad por las derivaciones que generaría, ya que era el hecho más trascendental de la historia antigua.⁴⁹ Sin olvidar el interés material que motivaba la conquista de México, Orozco narra que, tras el triunfo bélico, se dejaron ver las actitudes de codicia de los españoles:

Estas dos personas (Cortés y el tesorero Alderete) acudieron con diestros nadadores, alcanzando extraer cosa de cien pesos en cuentas, collares y figurillas, cosa ínfima según corría la fama de la riqueza ahí depositada. Todo lo recogido finalmente, fundido y hecho barras, montaba la cantidad de trescientos ochenta mil pesos. A esto se redujo en último análisis el extraordinario tesoro que tan negros afanes costó a los españoles y tanta sangre y lágrimas a los indios; desvaneciéndose como el humo, dejando descontenta a la codicia.⁵⁰

La obra termina cuando Orozco narra la fase de reconstrucción de Tenochtitlan a partir del mismo año de 1521. La ciudad fue definida entonces como el centro del nuevo dominio español y Cortés, por su parte, inició el nombramiento de alcaldes, regidores y demás oficiales. Se propuso un nuevo trazo de la ciudad según el cual el centro de la ciudad, de forma cuadrangular, estaría destinado a los españoles, y el resto se destinó para los indígenas. La última parte de la obra es abrupta, sin un final grandilocuente, sino más bien describiendo y reconociendo la fuerte presencia de Hernán Cortés como el hombre político del momento que dominaba la escena.

⁴⁸ *Ibidem*, t. IV, p. 497-498.

⁴⁹ *Ibidem*, t. I V, p. 546.

⁵⁰ *Ibidem*, t. IV, p. 557.

Las fuentes

La *Historia antigua y de la Conquista de México* fue la mayor y mejor obra histórica de Manuel Orozco y Berra, debido, en parte, a que tuvo la posibilidad de trabajar en su gabinete personal tanto con fuentes primarias como con secundarias de primera calidad. Con respecto a las primeras, Orozco se sirvió de códices, crónicas y documentación de primerísima calidad, localizados en el Archivo de la Nación, como fueron los manuscritos sobre la historia de Sonora o los *Manuscritos franciscanos*. Asimismo, las *Cartas de relación*, de Hernán Cortés, y la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, fueron obras centrales en la producción historiográfica de Orozco.

En lo tocante a colecciones particulares, tuvo las puertas abiertas de la biblioteca de Joaquín García Icazbalceta, quien le proporcionó el códice titulado *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, el cual —según nos informa Orozco y Berra— se le atribuye a fray Juan de Zumárraga y a fray Bernardino de San Francisco, quienes recopilaron la versión de los indios ancianos. Igualmente consultó manuscritos y códices que conservaba el otro gran erudito y bibliófilo José Fernando Ramírez y que posteriormente pasaron a formar parte del acervo de Alfredo Chavero. Un ejemplo de esto fueron los *Anales de Cuauhtitlan*, traducidos del náhuatl por Galicia Chimalpopoca. Igualmente tuvo acceso a la consulta de la *Crónica mexicana* de Tezozómoc, los *Anales antiguos de México y sus contornos*, traducidos por Chimalpopoca, o el *Libro de oro y tesoro índico*, manuscrito del siglo XVI atribuido a fray Juan de Zumárraga, entre otros.

Con respecto a las crónicas de tradición hispánica, Orozco y Berra consultó las obras de Francisco Javier Clavijero, fray Juan de Torquemada, Joseph de Acosta, Francisco Javier Alegre, fray Bartolomé de las Casas, fray Diego Durán, Bernardino de Sahagún, Diego de Landa, Gerónimo de Mendieta, Lorenzo Boturini, Mariano Veytia, Antonio de León y Gama y Fernando de Alva Ixtlixóchitl. No dejó de estudiar las colecciones documentales básicas, sobresaliendo la consulta de la *Colección de documentos para la historia de México*, publicada por Joaquín García Icazbalceta, así como los documentos localizados por lord Kingsborough en la Biblioteca Vaticana y publicados posteriormente en edición facsimilar. En lo que se refiere a obras de extranjeros, resalta el conocimiento que Orozco tenía de los trabajos de Alejandro de Humboldt, Charles Darwin, Lamarck, Royere y Burmeister, pero sobre todo una fuente de consulta importante para Orozco fue la de Brasseur de

Bourbourg, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale*.

Objetivo de la obra

El motivo principal de Manuel Orozco y Berra para historiar la cultura y la conquista del México antiguo radica en su interés por proporcionar una historia objetiva y lo más apegada posible a los acontecimientos vinculados con la llegada de los españoles y su enfrentamiento con la cultura azteca. Orozco deseaba “emprender una nueva labor acerca de la historia antigua y de la Conquista de México” ya que las obras al respecto “...escritas algunas con galanura y fluidez, otras en sentido filosófico bien meditado, no faltando ésta o aquélla pintorescas” podían “cautivar la imaginación de la gente indocta y vulgar”.⁵¹ Orozco estaba convencido de que la historiografía alrededor de estos temas estaba dividida en dos grandes grupos:

...Los unos —dice—, preocupados por el amor de raza, por el respeto a la religión, por la diferencia de principios civilizadores, y urgidos por los tiempos en que vivían, ven con la luz de sus ojos preocupados los distantes objetos, y en su juicio apasionado desaparecen los indios por inútiles y bárbaros, llenando por completo el cuadro las robustas figuras de los castellanos. Los otros, igualmente descaminados por la influencia de los tiempos y de las ideas modificadas, hacen ostentoso alarde de patriotismo y de filosofía sublimando más de lo merecido a los indígenas y derribando de sus pedestales a los héroes españoles.⁵²

Orozco rechaza ambas posiciones por radicales y opta por “buscar la verdad y la justicia”, es decir, la búsqueda y estudio de la mayor cantidad de documentos para la reconstrucción de los acontecimientos. Ubicado en una época de luchas fratricidas y de diferentes ensayos de nación, Orozco y Berra quiere ser una voz alejada de pasiones que deje constancia de los hechos, e invita a la reflexión y cordura para analizar y reconocer en la conquista de México-Tenochtitlan una etapa más en la inevitable formación de lo que después se llamaría la *nación mexicana*. En este sentido, la *Historia antigua y de la Conquista de México* pretende llenar el vacío que, según Orozco y Berra, existía dentro de la historiografía mexicana, con la finalidad de presentar la narración

⁵¹ Orozco y Berra, Prólogo a la *Historia antigua y de la Conquista de México*, p. XLVII.

⁵² *Ibidem*, p. XLVII-XLVIII.

objetiva de la conquista entendida como el escenario previo del otro gran acontecimiento según Orozco: el mestizaje. Apoyado en la “buena fe, estudio y trabajo”, Orozco procura asentar en la *Historia antigua y de la Conquista de México* que México es un país mestizo, que encuentra sus orígenes, justificación y sentido en la mezcla de los valores tanto indígenas como españoles. Con base en esto, la obra de Orozco viene a representar claramente una convocatoria a la conciliación y a la unidad nacionales sustentadas en un pasado común.

Orozco y Berra y la escritura de la historia

¿Qué es la historia para Orozco y Berra? “La historia comienza —nos responde— cuando los hombres adquieren los medios adecuados para perpetuar los acontecimientos; antes, sólo puede existir la tradición.” Para él, la escritura de la historia es el producto de quien la escribe y su entorno, por lo que ya desde el epígrafe de su obra aclara que él escribe:

...bajo el influjo de lo que he visto, leído o calculado, y siempre buscando la verdad y la justicia. Respeto la religión, y sigo confiado por el camino del progreso que es la ley impuesta a la humanidad. Subordino mis ideas a estos principios: Dios, la patria y la familia.

Atento a esta premisa, su discurso histórico se forma de varias aristas desde las cuales él propone escribir y analizar el pasado: a) la historia es el testimonio del largo y lento, pero inevitable trayecto de la humanidad hacia el progreso; b) el progreso es el resultado del permanente enfrentamiento entre la barbarie y la civilización; c) la historia es el escenario en donde constatamos la lucha por el poder, y d) a lo largo de la historia se cumplen los designios de la providencia, frente a lo cual debemos tomar nota de las experiencias pasadas para valorar los adelantos y retrasos de las diversas civilizaciones. En este sentido, la creencia tanto en el progreso de las civilizaciones como en la participación de la providencia en la historia de la humanidad le imprime al pensamiento de Orozco un carácter ecléctico que merece ser revisado con mayor detenimiento.

El progreso

El progreso es, según Orozco y Berra, una tendencia natural de las culturas en general. La diferencia radica en que no todas se encuentran

en el mismo nivel ni van con el mismo ritmo. “El desarrollo de la humanidad depende —dice— no sólo de su aptitud intelectual, sino de los objetos que la rodean, de mil condiciones que no siempre pueden ser bien apreciadas. Aun en idénticas circunstancias, dos pueblos no progresan uniformemente”.⁵³ Don Manuel consideraba que en su misma época se apreciaban los diferentes grados de evolución alcanzados por el hombre:

Hoy mismo, cuando casi toda la faz de la América está transformada, en ciertas comarcas, se escuchan los alaridos de los bárbaros, atacando al blanco con el mismo encarnizamiento que al mastodonte de los tiempos post-terciarios. El Viejo Mundo presenta el mismo fenómeno; mientras admira la cultura alcanzada por los pueblos europeos y algunos asiáticos, entristece contemplar el estado salvaje de las tribus de la África central, produciendo el mismo desaliento la Oceanía.⁵⁴

Más aun, la misma inteligencia del hombre “...no permanece estacionaria, cambia, se pulimenta, se desarrolla, se transforma de mil maneras diferentes. Las manifestaciones de la perfección física y moral del ser inteligente constituyen su civilización. La perfección es la ley impuesta por el Creador a la humanidad”.⁵⁵

La organización social y las relaciones del hombre con la naturaleza para sobrevivir explican igualmente los diferentes estadios por los que evolucionan las culturas: el cazador que vive en estado salvaje; el pastor que se ubica dentro de la vida patriarcal; el agricultor y el hombre de las ciudades.⁵⁶ Dentro de este continuo progreso humano, las diferentes sociedades se encuentran en diversos momentos y generalmente luchan por alcanzar el dominio la una sobre la otra:

La historia dice que en semejantes circunstancias las tribus bárbaras vencidas quedan reducidas a la esclavitud; el pueblo más adelantado usa de su fuerza para domesticar al hombre como a las bestias salvajes, imponiéndole el yugo le fija a la tierra, le alecciona, cría en él el hábito del trabajo y de la disciplina... así, las dos mayores sinrazones del género humano, la guerra y la esclavitud, sirvieron en los designios de la Providencia para la perfección y el desarrollo de la humanidad.⁵⁷

El mejor ejemplo que Orozco encuentra para mostrar su idea de

⁵³ *Ibidem*, t. II, p. 266.

⁵⁴ *Ibidem*, t. II, p. 266-267.

⁵⁵ *Ibidem*, t. II, p. 253.

⁵⁶ *Ibidem*, t. II, p. 266.

⁵⁷ *Ibidem*, t. II, p. 321-322.

los sistemáticos enfrentamientos culturales es el descubrimiento de América por la civilización europea. Éste fue el primer paso de la incorporación del continente americano al carro del progreso. Sin embargo, este hecho es superado, con mucho, por el otro gran acontecimiento: la conquista, la cual "...las fundió (a la cultura europea y a la mesoamericana) en una sola turquesa, produjo la unidad en la pluralidad, hizo un solo cuerpo del género humano, obligándole a seguir el mismo camino hacia la perfección indefinida, jamás infinita".⁵⁸

La civilización

Para Orozco y Berra la civilización de los pueblos equivale a una tribu que evoluciona hasta ser un pueblo y éste a su vez, con el progreso, llega a ser una nación. Esta evolución se caracteriza por la incorporación de sacerdotes, guerreros, comerciantes y esclavos dentro de la organización social, por la elaboración de una escritura y por la aparición paulatina de una arquitectura que permita localizar sus huellas dejadas en el tiempo. Los ejemplos que Orozco proporciona al respecto son las diferentes etapas por las que atravesaron tres importantes culturas, según su antigüedad: Xochicalco, Monte Albán y Zaachila, por una parte, Teotihuacan y Cholula en segundo lugar, y la zona de Veracruz como tercera etapa.

La conquista de México, dolorosa pero inevitable, es el acontecimiento que le proporcionó a Orozco la posibilidad de demostrar las ventajas y adelantos logrados como consecuencia del enfrentamiento entre las culturas azteca y española. Así, reconoce en la española a una civilización "más adelantada y progresiva" que vino a destruir a la azteca "mucho más perfecta y, por su índole, un tanto estacionaria", de cuya fusión "brotaron los pueblos del Nuevo Mundo".⁵⁹

Para demostrar los aportes civilizadores de la conquista, Orozco ofrece varios ejemplos: la escritura transitó de su naturaleza jeroglífica a la escritura fonética, perfecta y acabada; se dio a conocer y se aplicó el hierro, y las artes y las ciencias "descubrieron nuevos e inmensos horizontes a la inteligencia de los indígenas, prometiéndoles para el porvenir la mejora, el adelanto, la igualdad con sus señores".⁶⁰ Así como reconoce los aportes de la cultura española, Orozco no pasa por alto el hecho de que una vez consumada la conquista, se debieron haber

⁵⁸ *Ibidem.*, t. iv, p. 578.

⁵⁹ *Ibidem.*, t. iv, p. 578.

⁶⁰ *Ibidem.*, t. iv, p. 579-580.

salvado los conocimientos —“por cierto bien adelantados y preciosos”— de los astrónomos indígenas, sobre todo aquéllos relacionados con los movimientos del sol y con los cálculos del calendario. Asimismo, había que rescatar los conocimientos de minería y metalurgia, perfeccionarlos y con ello acrecentar “ese gran depósito civilizador que los pueblos se legan unos a otros en la sucesión de los siglos, para hacer siempre más rico el tesoro de la ciencia humana”.⁶¹

CONCLUSIÓN

Manuel Orozco y Berra formó parte de ese grupo de personajes decimonónicos cuyas vidas combinaron la militancia política, el servicio público y una importante actividad intelectual. La revisión de su obra da cuenta de un hombre dotado de una infatigable capacidad de trabajo, la cual logró sumar a sus obligaciones y compromisos con gobiernos de diferentes tintes durante el siglo pasado. No fue un hombre que amasara alguna fortuna, al contrario, en múltiples ocasiones se lamentó de sus apuros económicos para resolver el sustento de una familia numerosa.

El tiempo que dedicó a la investigación y estudios en archivos y bibliotecas, su curiosidad sin límites, la amistad y relaciones establecidas con bibliógrafos y bibliófilos de la época, pero sobre todo su amor a la historia, permiten comprender la enorme obra publicada desde 1853 hasta el año de su muerte en 1881. Don Manuel perteneció sin lugar a duda a ese grupo compacto y selecto de eruditos mexicanos que tuvieron el privilegio de conocer, manejar y poseer documentos de enorme valor histórico. De ahí también que haya legado una obra prolífica y versátil, abordando la lingüística, la demografía, la topografía, la geografía, la estadística, la etnografía y la historia. Esta enorme y variada obra lo avala, en definitiva, como uno de los hombres más sabios y prolíficos de su tiempo.

El tema central de su obra fue México y su historia. Si bien abordó otras disciplinas, en el fondo las utilizó —sobre todo a la geografía— como auxiliares para explicar lo que para él era lo más importante de su trabajo intelectual: la búsqueda de la identidad nacional y los elementos que la determinaban. En una época en que el país se debatía por elegir un proyecto político, Orozco no se pudo sustraer al ambiente, tensiones políticas e interrogantes que caracterizaron su contexto cultural. Sus afinidades histórico-filosóficas, su racionalización de la

⁶¹ *Ibidem.*, t. IV, p. 582.

historia, la elección de sus protagonistas y el principio de veracidad elegidos por él, fueron una respuesta a su creencia en la escritura de la historia como una operación científica, entendida ésta como el rescate del pasado apoyado en la documentación original para consignar los hechos “tal cual fueron”. En este sentido, Orozco concede a las fuentes primarias un carácter intrínsecamente fidedigno, sin concebir en ellas la postura o ideología de alguna persona o grupo. Al historiador, según él, le corresponde tan sólo explicar y consignar los hechos consumados, pero no tiene el derecho a la réplica: “...lo que fue, fue —concluye—, sin que logre torcerle o borrarle ningún género de argumentaciones”.

Para él, la historia era la carrera que la humanidad seguía en la lucha entre barbarie y civilización. Cada triunfo de la civilización representaba una etapa más en la escala del progreso humano, reservado a aquellos que lograban combinar el poder dentro de una nación unida. La labor del historiador consistía entonces en localizar las fuentes de información histórica y reseñar los pasos hacia el progreso. De ahí que la historia no debía convertirse en el espacio en donde se ventilaran las contiendas políticas, sino la oportunidad de que cada nación reconociera los valores que a través del tiempo le han dado sentido a su integridad nacional.

Este afán de proceder científicamente en la escritura de la historia no fue, en Orozco, excluyente de sus creencias religiosas como elementos explicativos del devenir histórico. Su trabajo estuvo indiscutiblemente impregnado de una visión cristiana y por lo tanto providencialista de la historia lo cual, según él, se cumple cabalmente con la constatación del lento e inevitable progreso material y espiritual de la humanidad. En este sentido, Orozco concluyó que México era un país mestizo, cuyos elementos formativos no podían ser ignorados para la organización del país. Y dentro de esos elementos formativos del país, Orozco reconoció dos principales: la religión y el lenguaje. Consciente del carácter pluricultural del país, así como de las luchas políticas de las que fue testigo y actor, su obra fue una propuesta y un llamado a la reconciliación nacional, la cual debía iniciarse con el reconocimiento de la religión como elemento, casi único, de unión nacional.

La obra de Orozco y Berra se inscribe así dentro de la monumental historiografía decimonónica mexicana, seducida por el método científico como instrumento indiscutible para la recuperación del pasado, obsesionada por registrar enciclopédicamente los avances científicos de la época, pero con el deseo de conservar valores tradicionales, principalmente el relacionado con el de la religión como punto alrededor del cual se tejió la cultura mexicana. En este sentido, la obra de Manuel Orozco y Berra ha sido y es lectura de primer orden, no sólo por ser la



prueba de erudición y conocimientos de un solo hombre, sino porque a través de sus escritos y análisis se dibujan y reflejan las variaciones y ritmos de la mentalidad y cuestionamientos imperantes en la época, que sirvieron de marco a las argumentaciones manejadas por Orozco y Berra para definir el origen y sentido de la nacionalidad mexicana.